



EL ARTE DE PONER LÍMITES

SONIA KLIASS

4^a
edición

COLECCIÓN
VIVIR CON
NIÑOS

ing Edicions

Si entiendo que, en una situación de conflicto, un niño reacciona mal sin querer, porque todavía no lo puede hacer de otra forma, puedo poner los límites con más respeto. Por ejemplo, imaginemos que vas en coche y te saltas un semáforo en rojo sin querer: te despistas un momento e, involuntariamente, haces una infracción grave. ¿Cómo te gustaría que hablara contigo el policía? ¿Qué generaría dentro de ti si te gritara: «¿Qué haces? ¿No has visto que estaba rojo? ¡Podrías haber matado a alguien!»? Seguro que el mensaje lo recibirías de forma muy distinta si te dijera: «Has cruzado un semáforo en rojo; entiendo que te has despistado, pero es una falta grave y te pondré una multa. Es importante estar atentos cuando conducimos porque podemos provocar un accidente». En este caso, el profesional no se tendría que implicar emocionalmente, dado que hará mucho mejor su trabajo si se puede mantener en una actitud neutral y tratar a la gente con educación. Recordemos siempre que si los niños «se saltan semáforos en rojo» es porque todavía necesitan más práctica y solo nosotros los podemos ayudar.

2. EL JUEGO LIBRE

Cualquier persona que observe atentamente el juego libre espontáneo de los niños quedará fascinada y verá que es un hecho extraordinario. Es una fuente infinita de aprendizajes: siempre están integrando experiencias, desarrollando capacidades o ensayando situaciones nuevas. In-

cluso los animales, cuando son cachorros, juegan a hacer lo que necesitan aprender para la vida adulta: por ejemplo, juegan a cazar o juegan a esconderse, según si son presas o depredadores. En relación con el tema que nos interesa, el juego libre tiene un papel fundamental porque ofrece las condiciones óptimas para que los niños desarrollen herramientas sociales.

El juego es, o más bien tendría que ser, la actividad principal del niño durante los primeros siete años de vida. El juego libre, en el que el niño despliega todo su potencial de juego libremente, es un verdadero laboratorio social, puesto que, jugando, se encuentra con otros niños. Tener compañeros de juego es una alegría, pero la convivencia también supone un reto.

La gestión de conflictos no es un aprendizaje que los niños puedan hacer desde un punto de vista teórico. Tienen que **vivir** situaciones de conflicto para aprender a gestionarlos. Y son justamente estas situaciones lo que se encuentran cuando juegan con otros niños.

En una ocasión pude observar a dos niños de dos años que eran compañeros de juego. Tenían mucha práctica jugando juntos porque se veían cada día y habían desarrollado un juego muy rico durante todo un curso. En medio del juego, de repente, sus cabezas chocaron. No fue un golpe muy fuerte, pero hizo que se detuvieran un momento. Entonces uno de los dos propuso el juego de «hacer chocar las cabezas» y empezaron a simular que se golpeaban una y otra vez. De este modo, jugando,

integraron una experiencia difícil e hicieron que una situación que podría ser conflictiva se transformara en tema de juego.

En su libro *The Genius of Play*, Sally Jenkinson, citando a Tina Bruce, nos cuenta que Vygotsky creía que cuando los niños están involucrados en el juego imaginativo son capaces de renunciar a lo que quieren y se someten de forma voluntaria a las normas a cambio de seguir jugando, simplemente por el placer de jugar. También consideraba que el juego libre **los entrena en el más alto autocontrol**. Este hecho es realmente maravilloso; ¿qué herramienta para desarrollar herramientas sociales tenemos disponible que sea mejor que esta?

Observando cómo juegan los niños vemos a menudo que tienen recursos que no podemos ni imaginar, por eso es interesante permitir que busquen ellos mismos soluciones a los conflictos que surgen. El adulto da un modelo, como hemos dicho antes, pero los niños necesitan la oportunidad de confrontarse y gestionar los conflictos a su manera siempre que sea posible. El adulto tiene que intervenir cuando los niños no los pueden resolver por ellos mismos, cuando no consiguen encontrar una buena solución para todos. Pero, si les damos tiempo y oportunidades, a menudo nos sorprenden porque encuentran soluciones realmente creativas.

En una ocasión estaba con un grupo de niños en un espacio de juego y observaba cómo un niño de tres años jugaba en un rincón donde había una mesa pequeña y

una tabla que imitaba una pequeña cocina. Estaba inmerso en el juego imaginativo y cocinaba como si llevara un restaurante. Otro niño de dos años y medio se acercó por el otro lado de la mesa e hizo el intento de tirar de ella para llevársela. El niño mayor cogió la mesa con las dos manos, miró al más pequeño intensamente y le dijo: «¡Yo soy muy fuerte!». Yo observaba la situación y decidí esperar a ver cómo la gestionaban. Se creó una tensión entre ellos, ninguno de los dos soltaba la mesa. De repente el niño de tres años tuvo una salida muy sorprendente, le dijo al otro: «La mesa está muy **mojada**, ¿lo ves?». Al decirle esto, el pequeño levantó los brazos de golpe, porque no quería mojarse las manos. «La tengo que secar», continuó el mayor. Y fue a buscar un trapo a su «cocina». El más pequeño ya no tiraba de la mesa, esperaba y miraba al otro, expectante. En un momento todo había cambiado, ya no había un conflicto, empezaron a jugar juntos y estuvieron un buen rato. ¿Qué adulto hubiera encontrado una solución mejor para este conflicto, una salida más satisfactoria, creativa y original?

En el documental *Desplegándose*, sobre Ute Strub, aparece una escena en la que se ve una pequeña discusión entre niños mientras juegan. Son niños que deben de tener alrededor de los cinco años y juegan a cocinar, están preparando «el almuerzo». La acción que hacen es rayar tiza amarilla con unos ralladores y se muestran muy contentos y animados recogiendo el polvo que fabrican. Entre ellos, comentan que el

polvo amarillo que preparan es «azúcar». Una niña se acerca a uno de los niños y le pide un poco de «azúcar». Lo necesita, dice, porque está cocinando una sopa dulce. El niño, que no se lo quiere dar (icon lo que le ha costado conseguirlo!), le dice que el azúcar en realidad lleva sal. La niña dice que lo necesita. El otro le repite que es salado. La niña, visiblemente afectada, le acaba diciendo: «Cuando digo dulce, quiero decir salado». El niño finalmente se queda sin argumentos y le pregunta dónde quiere que le ponga el «azúcar salado».

También el adulto puede entrar en el ámbito y el lenguaje del juego para ayudarlos a gestionar los conflictos.

En un espacio de juego, un niño de cinco años no quería que dos de tres años se subieran al tobogán donde él estaba jugando, y los más pequeños fueron a quejarse al adulto que los acompañaba. El adulto preguntó al mayor qué tenían que hacer los otros para poder subir al tobogán, y propuso: «¿Quizás tienen que comprar una entrada?». El niño respondió: «¡No, no pueden comprar ninguna entrada! ¡Antes de subir al tobogán tienen que ir a regar las fresas!». Cómo si «regar fresas» formara parte de las normas del juego. Los dos niños de tres años aceptaron, les gustaba regar las fresas. De este modo, el niño de cinco años consiguió más rato de juego tranquilo en el tobogán y todos quedaron satisfechos. A veces las normas del juego creadas por los propios niños son mucho más fáciles de aceptar que las normas que llegan desde fuera impuestas por el adulto.

Los juegos de rol también les permiten vivir las situaciones desde varias perspectivas diferentes y desarrollar la capacidad de ponerse en el lugar del otro, una actitud muy importante para aprender a gestionar conflictos. Por ejemplo, un día pueden ser una madre paciente y otro día una madre que se enfada mucho, y después un niño pequeño que no para de llorar o un hijo que se porta mal, etc. Recuerdo alguna situación en que mi hijo proponía este tipo de juego y me decía que él haría algo mal y yo me tenía que enfadar con él; o cuando jugaba con un perro imaginario que entraba en casa cuando no tocaba, se subía al sofá y lo ensuciaba todo, y se portaba tan mal que lo tenía que regañar. Jugando, estas escenas se viven dentro de un marco de seguridad en el que ellos controlan la situación porque la crean a su medida, y de esta forma pueden integrar mejor la vivencia de que a veces hay dificultades y a veces nos enfadamos, pero que no pasa nada, porque podemos desarrollar estrategias para ir más allá, superar esos momentos y reencontrarnos.

Para terminar, quiero recordar que **el juego es un potencial que se tiene que desarrollar** y que **un potencial no se puede desarrollar si no se practica**. No basta con que los niños puedan jugar ratos cortos, repartidos aquí y allá durante el día. Muchas escuelas infantiles consideran que tienen que jugar solo en los momentos de descanso, entre una actividad y otra. Pero con media horita de patio no tienen ni para empezar a desarrollar un juego de

verdad. Necesitan jugar libremente ratos largos y encontrarse con compañeros de juego a partir de los tres o cuatro años, y sobre todo a partir de los cinco, si queremos que realmente desarrollen este potencial. El papel más importante del adulto es conceder tiempo, espacio y materiales para favorecer un buen juego. Durante los ratos de juego libre, no es necesario que el adulto esté supervisando, pero sí que tendría que estar disponible para ayudarlos a gestionar posibles situaciones difíciles de convivencia y para recordar las normas.

pensar en el ejemplo que damos los adultos y empezar por ser solidarios y generosos con ellos y con los demás para que vayan integrados en este mundo de comportamientos. También debemos tener en cuenta que con el comportamiento que no se desarrolla en la noche a la mañana. Es importante recordar que los niños pueden llegar a crear vínculos muy fuertes con algunos adultos, manteniéndolos muy poco rato, y que esto puede resultar muy difícil dejarlos. A menudo, los adultos no respetan este vínculo con los ob-